

# Vivir en Madrid

## (Ateneístas mexicanos)

Para Juan Malpartida  
y Héctor Perea

### Calidad migratoria

**N**o es lo mismo irrumpir en Madrid como turista académico o diplomático (de oficio, de ocasión) que en calidad de náufrago. Turistas académicos lo hemos sido (y porfiamos en seguir siéndolo) muchos. Diplomáticos lo fueron, hasta 1936, entre otros notables escritores mexicanos: Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Francisco A. de Icaza, Amado Nervo, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Eduardo Colín, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet. Náufragos, por el contrario: Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos; efectivos, los cinco, del ejército que confirió a la Revolución Mexicana su revuelta cultural. Me refiero, por supuesto, a la llamada generación de *Savia Moderna* (por la revista del mismo nombre que en 1906 marca su insurgencia); del *Ateneo de la Juventud* (por la asociación fundada en 1909); o del *Centenario* (por las rumbosas Fiestas del Centenario de la Independencia de México, 1910, en las que el grupo participara). Aunque, de los tres bautizos, prima el segundo.

### Ateneístas de Ultramar

No poco monta que de los cuatro cabecillas reconocidos del mexicano Ateneo de la Juventud, Antonio Caso, Acevedo, Henríquez Ureña y Vasconcelos, tres (Jesús, Pedro y José) recalaran en la villa y corte. Ni que un cuasi-ateneísta, Rodolfo Reyes, hermano de Alfonso, adoptara a España como segunda (y definitiva) patria. La historia por hacer del ateneísmo mexicano, historia que va de sus primeras publicaciones en la *Revista*

*Moderna de México* a la derrota electoral de Vasconcelos, esto es, de 1903 a 1929, comprende un decisivo capítulo matritense. Baste añadir que de la anterior lista de afortunados diplomáticos (¡España!) cuatro pertenecieron asimismo al Ateneo de la Juventud: Urbina, Colín, Rebolledo y González Martínez. Que el Ateneo de la Juventud había encontrado en Justo Sierra, porfirista que fallece como revolucionario en Madrid, su ejemplar y todopoderoso aliado. Que dos de los pintores de la camada ateneísta, Diego Rivera y Angel Zárraga, mojaron sus pinceles en la paleta española. Etcétera.

Bien.

Este ensayo versa sobre los cinco náufragos ateneístas y sus diversas sobrevivencias: fracaso (Acevedo), victoria (Reyes, Guzmán), viaje (Henríquez Ureña), paseo de celebridad (Vasconcelos).

## Virgen al Minotauro

Jesús T. Acevedo (1882-1918). Arquitecto chilango<sup>1</sup>, artífice de uno de los principales episodios de la revuelta cultural mexicana, la Sociedad de Conferencias (1907-1909), Acevedo se contó entre los colaboradores del gobierno (legalista pero espurio) de Victoriano Huerta, el asesino de Francisco I. Madero. Director General de Correos, llevó a su lado como Secretario a otro ateneísta de nota: Julio Torri. Poco antes del triunfo de la Revolución Constitucionalista (Carranza, Villa, Obregón), escapa y alcanza las riberas del Manzanares: río hipotético. Sólo que, una vez a salvo, en vez de dar gracias a los dioses propicios arrójase de nuevo al desastre. Jamás retoma el paso. Con él húndense día a día sus propósitos de exilio: pintar; escribir los libros que sus cofrades le reclamaban; estudiar *in situ* una de sus obsesiones: los orígenes de la arquitectura colonial mexicana. Con Alfonso Reyes vive en las calles de Carretas y Argensola; síguelo a la de Torrijos (hoy Conde Peñalver), donde los alcanza Martín Luis Guzmán. Pero nada más. Piérdese (¿en Lavapiés?) antes de, la voluntad seca, marchar, para morir, a Estados Unidos. 1918. Nos legó acuarelas y textos de la Plaza de las Ventas y otros sitios madrileños. Lo pintaron Ramón Gómez de la Serna y Diego Rivera. Reproduzco este boceto suyo:

### LA CIUDAD DE MADRID

Madrid no es una ciudad monumental como Toledo, París o México. Pocas masas, fachadas lisas.

Plaza Barajas. Desde la ventana de la oficina donde trabajé todo el invierno, miraba la Plazuela del Conde de Barajas, amable y recogida como un estante dentro de un claustro; la vi muchas veces exhalar azuladas nieblas que al llegar la noche se enturbiaban. Lluvia tras lluvia y lluvia tras lluvia, iban humedeciendo los muros de la breve Plaza al paso de febrero; el agua y los copos que entre ella bajaban, parecía

<sup>1</sup> Esto es, oriundo de la ciudad de México.

que buscaban esta placita como un lugar de descanso familiar... El sitio está enclavado en el centro de la urbe y, sin embargo, parecería distante de la Corte amable, por su silencio y vejez. Los paredones musgosos que la circundan rememoran las casas de provincia, tienen los pillos, los niños, el circo...

Las antiguas capitales tienen ciertas galerías donde se han murmurado las mejores cosas. Ningún adorno muestran al paseante, pues carecen de portada y su estilo es de intimidad. Mientras luce el sol, están opacas como la vivienda del hombre que no se casó, mas en atardeciendo sus vanos se visten de esa claridad cariñosa que unge la alcoba del que vela por contemplar las letras. Cada vez que nuestra varia fortuna nos llevó a otra tierra, en la primera semana de tanta ausencia, a poco ruar, percibimos entre la bruma el cancel de vidrios cuadrados limpios y turbios, el escalón cubierto de serrín; el rótulo que dice modestamente con honradas mayúsculas el nombre del fundador o el que le presta la calle. Eso es todo. Pequeño es el número de las personas que responden a la simpatía de tal aparición y escogidos fueron en todo tiempo los que le ofrecen su constancia. Uno que otro provinciano sabe del sitio cuyas nieves de arroz oía elogiar en su niñez, pero aquellos que nacieron en la capital, sólo a merced de un equívoco alcanzan a conocerlo. Así es el Café de...

## Voluntario de Madrid

Alfonso Reyes (1889-1959). Nacido al norte de México, en Monterrey, Nuevo León, Alfonso Reyes llega a Madrid el 3 de octubre de 1914. Antecedentes. Caído Victoriano Huerta, Reyes es expulsado del sitio al que la situación mexicana (la insurrección de su padre el general Bernardo Reyes, la muerte del general, el asesinato de Madero) lo obligó a refugiarse. El cargo de 2º Secretario de la Legación de México en Francia. París: Burdeos: San Sebastián: Madrid. Viaja con el pintor Zárraga. En la Estación del Norte lo aguardan Acevedo y Colín.

La historia de las relaciones entre Reyes y Madrid ocupa cuatro grandes apartados: años duros (1914-1920); vuelta a la diplomacia (1920-1924); impensado regreso (1924); reencuentro (1939 en adelante). Los años duros son los del escritor a destajo, de las posadas y pisos pobres. Los de la vuelta a la diplomacia (2º Secretario, 1º Secretario) los de la calle Serrano, en pleno barrio de Salamanca, y los veranos en Deva. El impensado regreso, no mucho después de haber sido despedido en el restaurante *Lhardy* de la Carrera de San Jerónimo, se debió a una «marihuanada» (diría Valle-Inclán) del presidente mexicano saliente, Alvaro Obregón. Al «Manco de Celaya» le dio en la flor de mediar entre España y Marruecos, en guerra. A proponer tal despropósito a Alfonso XIII regresa, por breve tiempo, Reyes a Madrid. Incómoda experiencia que recoge en su diario. Octubre de 1924:

«Heme aquí, por pocos días, a hacerme en el corazón un escarbadero de emociones. Llegué a mi tertulia del jueves, como siempre. Ya algo de mi estancia en París se había colado por la prensa. Estoy en el Palace. No

puedo explicar lo que siento. Se me recibe como en casa propia. Parece que simplemente me fui de veraneo a América» (jueves 23). «Murió Andrés González Blanco (...). No he querido en todo el día ver a la gente» (viernes 24). «Me encuentro algo desacreditado a Ramón Gómez de la Serna. Yo sé que es injusto y pasará» (sábado 25). «Hoy he cumplido mi misión. Es la una y media de la tarde. Acabo de hablar amplia e íntimamente con el Monarca español, que me ofreció un cigarrillo, me llamó «tocayo» y me dijo que agradecía el ofrecimiento de México (...); que sólo lo declinaba en atención a que las tribus marroquíes no eran un Estado, un Gobierno, y no se podía establecer entre ellas y España mediación alguna. Además, se quejó de que el Gral. Calles no se hubiera unido a España (...). Vine a Madrid —como diría mi hermana Otilia— a matar mis recuerdos. Creo que ya no sufriré más por ello (...). Madrid recobrado y perdido, ¡y una época de mi vida!» (lunes 3). Al frente de la Legación de México se encontraba entonces Enrique González Martínez, ex-presidente del Ateneo de México.

El reencuentro, lustros después, sabe a justicia política y poética. En su calidad de presidente de la Junta de Gobierno de la Casa de España en México (luego El Colegio de México), Alfonso Reyes da la bienvenida al otro exilio, el más celebrado y ponderado y hasta mitificado: el republicano. La tertulia de Madrid (*Gijón, Regina, Granja El Henar*) rediviva en las calles de Anáhuac. José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo...

A diferencia de Acevedo, que sucumbe, Alfonso Reyes fórjase en Madrid escribir supremo. No obstante haberla prejuzgado plaza mediocre. Aunque grafómano hasta el postrero aliento (su diario consta de 15 pletóricas carpetas, su epistolario marea de tan oceánico, sus obras completas andan en el tomo 26), lo indudable es que uno, el escritor genial, es el Reyes de Madrid; y otro, el humanista de excepción nada más, es el Reyes posterior (el de Francia a la que torna, el de Argentina y Brasil, el de México recobrado). Escribe, sí, a manos llenas, pero jamás supera la originalidad sin parangón de los libros manchegos (y toledanos y vascongados): *Cartones de Madrid, Visión de Anáhuac, El suicida, El plano oblicuo, Ifigenia cruel, Huellas, Simpatías y diferencias...* Tal es el Reyes que, más allá de la edad representada en su busto (¿quién sustrajo el anterior?), nos recibe en el Ateneo de Madrid. Su otro Ateneo.

## El Generalito

Martín Luis Guzmán (1887-1976). Hijo de Chihuahua, Chihuahua, también al norte de México. Si para algunos lectores (condición adánica a la